

Yasmina Khadra

La última noche del Rais

Traducido del francés por Wenceslao-Carlos Lozano

Alianza Editorial

Título original: *La Dernière nuit du Raïs*

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Éditions Julliard, Paris, 2015
© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-088-0
Depósito legal: M. 17.257-2015
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Si quieres encaminarte
a la paz definitiva,
sonríe al destino que te hiere
y no hieras a nadie.*

OMAR JAYAM

Sirte, distrito 2
Noche del 19 al 20 de octubre de 2011

Cuando yo era niño, mi tío materno me llevaba a veces al desierto. Para él, más que un regreso a las fuentes, esa excursión era una ablución mental.

Era demasiado joven para entender lo que intentaba inculcarme, pero me encantaba escucharlo.

Mi tío era un poeta sin gloria ni pretensiones, un beduino humilde, patético, cuyo único deseo era montar su tienda a la sombra de una roca y mantenerse atento al viento que se deslizaba sobre la arena, furtivo como una sombra.

Tenía un magnífico caballo bayo de pelaje pardo, dos espabilados lebreles árabes, un viejo fusil con el que cazaba muflo-nes, y sabía como nadie trampear jerbos por sus virtudes medicinales y lagartos de cola espinosa, que vendía en el zoco una vez disecados y barnizados.

Al anochecer encendía una fogata y, tras una escueta cena y un vaso de té demasiado azucarado, se sumía en sus ensueños. Me extasiaba verlo comulgar con el silencio y la desnudez del pedregoso desierto.

Tenía por momentos la impresión de que su alma se extirpaba de su cuerpo hasta dejarme a solas con un espantajo tan inexpresivo como un odre de piel de cabra colgado ante la entrada de una tienda de campaña. Entonces me sentía solo en el mundo y, repentinamente azorado por los misterios del Sahara que gravitaban a mi alrededor como una cuadrilla de geniecillos, lo empujaba con la punta de los dedos para hacerlo regresar. Entonces emergía de su apnea con la mirada reluciente y me sonreía. Jamás he visto una sonrisa más bonita que la suya, ni en el rostro de las mujeres a las que *he venerado* ni en el de los cortesanos a quienes tanto he estimado. Reservado, casi retraído, mi tío era un hombre de gesto lento y emoción discreta. Tenía una voz apenas perceptible aunque, cuando se dirigía a mí, resonaba entre mis fibras como un canto. Decía, con los ojos perdidos en el centelleo del firmamento, que cada buena persona tenía su estrella allá arriba. Le pedí que me señalara la mía. Su dedo señaló la luna sin vacilar, como si fuera una evidencia. Desde entonces veía un plenilunio cada vez que alzaba la mirada al cielo. Todas las noches. *Mi* propio plenilunio. Una luna nunca rasgada, nunca velada. Alumbrando mi camino. Tan hermosa que no había encantamiento que le llegara al tobillo. Tan resplandeciente que ensombrecía los astros a su alrededor. Tan grande que parecía no caber en el infinito.

Mi tío me juraba que yo era el niño bendito del clan de los Ghus, el que devolvería a la tribu de los Gadafas sus olvidadas epopeyas y su lustre de antaño.

Esta noche, sesenta y tres años después, me parece que hay menos estrellas en el cielo de Sirte. Solo subsiste de mi

plenilunio un rasguño grisáceo apenas más ancho que un recorte de uña. Toda la romanza del mundo se asfixia entre la humareda de las casas incendiadas mientras la onda expansiva de los misiles engulle miserablemente el aire cargado de polvo y de batalla. El silencio que antaño mecía mi alma resulta algo apocalíptico y la metralla que traquetea acá y allá se empecina en cuestionar un mito fuera del alcance de las armas, o sea, yo mismo, el hermano Guía, el infalible visionario nacido de un milagro que parecía estrambótico y permanece en pie como un faro rodeado por la tormenta que barre con su brazo luminoso las tinieblas traicioneras y la espuma del oleaje enfurecido.

He oído a uno de mis guardias atrincherado en la oscuridad decir que estamos viviendo *la noche de la duda* y preguntarse si el alba iba a arrojarlos a las candilejas o a la hoguera.

Sus palabras me han afligido, pero no lo he llamado al orden. No era necesario. Con un mínimo de presencia de ánimo, se habría abstenido de proferir semejantes *blasfemias*. No hay mayor afrenta que dudar en mi presencia. El hecho de que siga vivo demuestra que no todo está perdido.

Soy Muamar Gadafi. Eso debería bastar para conservar la fe. Soy el garante de la salvación.

No temo los huracanes ni los amotinamientos. Tocad mi corazón: ya está programando la desbandada de los traidores...

¡Dios está conmigo!

¿Acaso no me eligió a mí para plantar cara a las mayores potencias y su sed de hegemonía? No era sino un joven oficial desengañado cuyas reivindicaciones apenas se oían más allá de sus labios, pero me atreví a rechazar el hecho consumado, a

gritar «¡basta ya!» al conjunto de abusos, y cambié el curso del destino como quien vuelca las cartas que no quiere repartir. Era la época en que la espada cortaba toda cabeza que sobresaliera, sin juicio ni previo aviso. Era consciente de los riesgos y los asumí con fría desenvoltura, seguro de que toda causa justa debe defenderse, siendo esta la primera condición para merecer vivir.

Porque mi ira era sana y mi determinación legítima, el Señor me colocó por encima de estandartes y de himnos para que el mundo entero me viera y oyera.

Me niego a creer que las campanas de los Cruzados doblen por mí, el musulmán ilustrado que siempre ha salido airoso de las infamias y de las conspiraciones, y que seguirá ahí cuando todo se aclare. Lo que hoy me cuestiona, este simulacro de insurrección, esta guerra chapucera emprendida contra mi leyenda, no pasa de ser una prueba más en mi hoja de ruta. ¿Acaso no forjan las pruebas a los dioses?

Saldré del caos más fortalecido que nunca, como el fénix renace de sus cenizas. Mi voz tendrá mayor alcance que los misiles balísticos y, para acallar las tormentas, me bastará con golpear con un dedo el pupitre de mi tribuna.

Soy Muamar Gadafi, el hombre convertido en mito. Si esta noche me parece que hay menos estrellas en el cielo de Sirte y mi luna parece haber quedado reducida a un recorte de uña, es para que yo sea la única auténtica constelación.

Ya pueden arrojarme todos los misiles de que disponen: para mí solo serán fuegos artificiales en mi honor. Ya pueden levantar montañas, que solo percibiré entre sus escombros las aclamaciones de un baño de multitudes. Ya pueden lanzar

contra mis ángeles de la guarda todos sus viejos demonios, que no habrá fuerza maléfica capaz de desviarme de mi *misión*, pues antes de que Qasr Abú Hadi me acogiera en su cuna estaba escrito que sería yo quien vengase las ofensas hechas a los pueblos oprimidos obligando a arrodillarse al Diablo y a sus secuaces.

—Hermano Guía...

Una estrella fugaz acaba de cruzar el cielo. ¡Y esta voz! ¿De dónde sale?

Un escalofrío me sacude de pies a cabeza. Un tumulto de emociones estremece todo mi ser. Esta voz...

—Hermano Guía...

Me doy la vuelta.

Solo es el ordenanza, obsequiosamente tieso, de pie ante el marco de lo que fue la puerta de una feliz sala de estar.

—¿Sí?

—Señor, su cena está lista.

—Tráemela aquí.

—Es mejor que la tome en la habitación de al lado. Hemos taponado las ventanas y encendido velas. Aquí el menor resplandor delataría su presencia. Puede que haya francotiradores apostados en los edificios de enfrente.

1

El ordenanza camina delante de mí hasta la otra habitación. A la trémula luz de las velas, y con las cortinas de las ventanas corridas, la sala me entristece aún más. Veo un armario tumbado de costado con el espejo roto, una banqueta acolchada con las tripas fuera, cajones destrozados por el suelo; en la pared, el retrato de un padre de familia, ladeado y acribillado a balazos.

Mi hijo Mutasim, responsable de la defensa de Sirte, ha elegido como cuartel general para mis soldados una escuela abandonada en pleno distrito 2. El enemigo me cree oculto en algún palacio fortificado, incapaz de adaptarme a entornos rudimentarios. No se le ocurriría imaginar que me encuentro en un lugar tan lamentable. ¿Habría olvidado que soy un beduino, el señor de los humildes y el más humilde de los señores, que sabe adaptarse a la frugalidad y la comodidad de un simple banco de arena? De niño supe lo que es el hambre, el calzón remendado y las suelas agujereadas, y durante mucho tiempo he caminado descalzo sobre las piedras ardientes. La miseria era

mi elemento. Solo comía de vez en cuando, siempre el mismo plato de tubérculos cuando no había arroz. Por la noche, encogido bajo mi manta, a veces soñaba con un muslo de pollo hasta atragantarme con mi saliva. Más adelante, si he vivido rodeado de fasto, ha sido para patearlo y demostrar así que nada de lo que tiene un precio merece ser santificado, que ningún grial puede elevar un trago de vino al rango de poción mágica y que, vaya uno vestido con harapos o con seda, no es más que uno mismo... Y yo soy Gadafi, tan soberano sentado sobre un trono como sobre un mojón de carretera.

Ignoro a quién pertenecía la casa colindante con la escuela donde llevo varios días encerrado, probablemente a uno de mis fieles compatriotas; si no, cómo se explica la desgracia que se le ha venido encima. Las huellas de violencia son recientes, pero el edificio ya está hecho una ruina. Unos vándalos han pasado por aquí, arramblando con las cosas de valor y destrozando lo que no podían llevarse.

El ordenanza se las ha visto y deseado para desempolvar el sillón y poner una mesa digna de mí. Los ha cubierto con sábanas para camuflar sus «heridas». Sobre una bandeja sacada de no sé dónde, un plato de porcelana me propone un símil de comida: carne en salmuera cubierta de gelatina y cortada con esmero, una loncha de queso fundido, galletas de rancho, rodajas de tomate y una jugosa naranja troceada en un cuenco. Como nos hemos quedado sin apoyo logístico, apenas consigo alimentar a mi guardia pretoriana.

El ordenanza me ruega que me siente en el sillón y permanece de pie a mi lado. Su rigidez resultaría irrisoria en medio del estropicio circundante si los rasgos de su bronceado

rostro no delataran las cláusulas inviolables del juramento. Este hombre me quiere más que a nadie en el mundo, daría su vida por mí.

—¿Cómo te llamas?

Se sorprende ante mi pregunta. La nuez se pone a brincar en su arrugado cuello.

—Mostefa, hermano Guía.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y tres años.

—Treinta y tres años —repito, emocionado por su juventud—. Tuve tu edad hace una eternidad. Hace tanto que apenas lo recuerdo.

No sabiendo si debe añadir algo o callar, el ordenanza se pone a limpiar alrededor de la bandeja.

—¿Cuánto tiempo llevas a mi servicio, Mostefa?

—Trece años, señor.

—No recuerdo haberte visto antes.

—Sustituyo a los ausentes... Antes estaba en el parque móvil.

—¿Dónde se ha metido el pelirrojo? ¿Cómo se llamaba?

—Maher.

—No, Maher no. El grandullón pelirrojo, el que perdió a su madre en un accidente aéreo.

—¿Saber?

—Sí, Saber. Ya no lo veo.

—Murió, señor. Hace un mes, en una emboscada. Luchó como un león. Incluso mató a varios de sus asaltantes antes de caer. Un misil alcanzó su vehículo. No hemos podido recuperar su cuerpo.

—¿Y Maher?

El ordenanza agacha la cabeza.

—¿También ha muerto?

—Se entregó hace tres días. Aprovechó una operación de abastecimiento para rendirse al enemigo.

—Era un buen chico, gracioso e incansable. Seguro que no hablamos de la misma persona.

—Yo estaba con él, señor. Cuando nuestro camión dio media vuelta tras detectar un control rebelde, Maher saltó de la cabina y echó a correr hacia los traidores con las manos en alto. El sargento le disparó sin llegar a alcanzarlo. El sargento dice que de todos modos se lo habrán cargado. Los rebeldes no hacen prisioneros. Los torturan y luego los ejecutan. Ahora mismo Maher debe de estar pudriéndose en alguna fosa.

No se atreve a levantar la cabeza.

—¿De qué tribu eres, chico?

—Nací en... Bengasi, señor.

¡Bengasi! Con solo oírla nombrar me entran ganas de vomitar hasta provocar un tsunami que arrase esa maldita ciudad y las aldeas colindantes. Allí empezó todo, como una pandemia fulminante, apoderándose de las almas como un demonio. Debí aniquilarla el primer día, acosar a los insurrectos *calleja por calleja, casa por casa*, despellejar a las ovejas negras en la plaza pública para que esos malnacidos recuperasen el juicio y se abstuviesen así de correr la misma suerte.

El ordenanza nota cómo la furia se va apoderando de mí. Si el suelo se abriera repentinamente ante sus pies, no dudaría en arrojarse por el hueco.

—Lo lamento, señor. Habría preferido nacer en una alcantarilla o en un falucho. Me avergüenza proceder de esa infausa ciudad, haber ido al café con esos ingratos.

—Tú no tienes la culpa. Nadie elige su lugar de nacimiento. ¿A qué se dedica tu padre?

—Está jubilado. Era cartero.

—¿Tienes noticias de él?

—No, señor. Solo sé que huyó de la ciudad.

—¿Hermanos?

—Solo uno, señor. Es brigada del ejército del aire. Sé que lo hirieron durante un ataque aéreo de la OTAN.

La barbilla casi le desaparece por el hueco del cuello.

—¿Estás casado? —le pregunto para darle un respiro.

—Sí, señor.

Me fijo en la pulsera de cuero que lleva en la muñeca; se apresura a ocultarla bajo la manga.

—¿Eso qué es?

—Un grisgrís swahili, señor. Lo compré en el mercado negro.

—¿Por sus virtudes como talismán?

—No, señor. Me gustó su trenzado de hilos rojos y verdes. Quería regalárselo a mi hija mayor, pero no le gustó.

—No se rechaza un regalo.

—Mi hija no me ve a menudo, por eso hace ascos a mis regalos.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Tres hijas. La mayor con trece años.

—¿Cómo se llama?

—Karam.

—Bonito nombre... ¿Cuándo viste por última vez a tus hijas?

—Hará seis u ocho meses.

—¿Las echas de menos?

—Tanto como su pueblo a usted, hermano Guía.

—Yo no me he ido a ninguna parte.

—No quería decir eso, señor.

Está temblando. No por miedo. Este hombre me venera. Se estremece de cuerpo entero.

—Voy a pedir a Hasán que te mande a tu casa.

—¿Por qué, señor?

—Tus hijas te reclaman.

—Todo un pueblo lo reclama a usted, hermano Guía. Mi familia no es más que una gota de agua en el océano. Estar a su lado en estos momentos es un privilegio y una felicidad absoluta.

—Eres un buen chico, Mostefa. Mereces reunirte con tus hijas.

—Si le desobedeciera por primera vez en mi vida, me moriría de lo mucho que me afectaría.

Mostefa es sincero. En sus ojos relucen esas lágrimas que solo sueltan las almas puras.

—Sin embargo, tienes que hacerlo.

—Mi sitio está junto a usted, hermano Guía. Ni siquiera lo cambiaría por un lugar en el paraíso. Sin usted, no hay salvación para nadie, y menos aún para mis hijas.

—Siéntate —le digo señalándole mi sillón.

—Jamás me lo permitiría.

—Es una orden.

El ordenanza padece lo indecible antes de hacerlo. Un azoramiento atroz le desfigura el rostro.

—Enséñame la lengua.

—Jamás le he mentado, hermano Guía.

—Enséñame la lengua.

Deglute repetidamente mirando al suelo y ladeando levemente la cabeza. Aparta los labios y deja ver la punta de su lengua, blanca como la tiza.

—¿Cuántos días llevas sin comer, Mostefa?

—¿Perdón?...

—Tienes la lengua lechosa. Eso es porque llevas un buen tiempo sin probar bocado.

—Hermano...

—Sé que mis comidas salen de vuestras raciones, que muchos de mis soldados ayunan para que tenga algo que llevarme a la boca.

Agacha la cabeza.

—Come —le pido.

—Jamás me lo permitiría.

—¡Come! Necesito que mis fieles se mantengan en pie.

—La fuerza está en los corazones, no en el estómago, hermano Guía. Aunque me vea hambriento, sediento, amputado, sabré hallar fuerzas para defenderle. Soy capaz de ir hasta el infierno en busca de la llama que reduzca a cenizas cualquier mano que se atreva a agredirlo.

—Come.

El ordenanza intenta protestar pero mi mirada lo disuade.

—Estoy esperando —le digo.

Se sorbe los mocos con fuerza para darse ánimo, aprieta los dientes y, con mano trémula, roza un bollo de pan de rancho. Noto cómo rebusca en lo más hondo de sí mismo el valor para

agarrarlo. Percibo su entrecortado jadeo. Alza la mirada hacia mí y la aparta de inmediato. Cuando por fin se lleva el chusco a la boca, casi se atraganta.

—¿Qué ha ocurrido, Mostefa?

No entiende mi pregunta.

—¿Por qué están haciendo esto?

Ahora entiende lo que le pregunto; suelta el chusco.

—Se han vuelto locos.

—Eso no es una respuesta.

—No se me ocurre otra, señor.

—¿Acaso he sido injusto con mi pueblo?

—No —exclama el ordenanza—. Jamás en la vida tendrá nuestro país un guía más sabio que usted, ni más tierno padre. No éramos más que unos nómadas andrajosos a los que un rey holgazán trataba como si fuéramos su esterilla y usted nos ha convertido en un pueblo libre y envidiado.

—¿Debo creer que los misiles que están estallando fuera son los petardos de una fiesta de la que no tenía conocimiento?

El ordenanza hunde el cuello entre sus hombros como si acabara de recaer en él toda la vergüenza de los traidores.

—Algún motivo tendrán, ¿no crees?

—No veo cuál puede ser, señor.

—A veces pasabas las vacaciones en tu casa, precisamente en Bengasi, donde se inició la rebelión. Ibas a los cafés, a las mezquitas, a los parques. Habrás oído hablar mal de mí, ¿no?

—La gente no lo criticaba en público, hermano Guía. Nuestros servicios tenían oídos en todas partes. Solo he escu-

chado hablar bien de usted. Además, no habría permitido a nadie faltarle al respeto.

—Mis servicios estaban sordos y ciegos. Esto no lo vieron venir.

Se tritura las manos, desorientado.

—De acuerdo —admito—. La gente se calla en público. Es normal. Pero las lenguas se sueltan en privado. A menos que seas autista, has debido de oír, aunque solo sea una vez en la vida, a alguien cercano, a un primo, un tío, hablar mal de mí.

—En mi familia todos lo adoramos.

—Yo adoro a mis hijos. Eso no impide que a veces los desapruebe. No discuto que en tu familia se me quiera. Sin embargo, algunos han debido de reprocharme alguna minucia, decisiones rápidas, errores ordinarios.

—Nunca he oído a un familiar reprocharle algo, señor.

—No te creo.

—Se lo juro, señor. Nadie en mi familia lo critica.

—No puede ser. Se critica hasta al mismísimo profeta.

—A usted no... En fin, al menos en mi familia.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y me quedo mirándole fijamente en silencio.

Vuelvo a la carga:

—¿Por qué se rebelan contra mí?

—No lo sé, señor.

—¿No serás duro de mollera?

—No soy más que un empleado del parque móvil, señor.

—Eso no te exime de tener opiniones.

Se pone a sudar y le cuesta respirar.

—Contéstame. ¿Por qué se rebelan contra mí?

Busca las palabras como quien intenta ponerse a resguardo de las bombas. Tiene los dedos casi despellejados y la nuez desbocada. Cree haber caído en la trampa, que su destino pende de su respuesta.

Aventura una respuesta:

—A veces demasiada quietud acaba aburriendo, y algunos intentan provocar incidentes para entretenerse.

—¿Atacándome a mí?

—Piensan que la única manera de crecer es matando al padre.

—Sigue.

—Cuestionan el derecho de primogenitura para...

—No, sigue con lo del padre.... Has dicho «matar al padre». Me gustaría que desarrollaras tu idea.

—No tengo la suficiente formación.

—No es necesario ser un genio para comprender que no se mata a un padre, haga lo que haga, diga lo que diga —le espeto encolerizado—. En nuestra tierra, el padre es tan sagrado como el profeta.

Una deflagración hace tintinear los escasos cristales que siguen mal que bien sujetos a las ventanas. Debe de ser una bomba. A lo lejos se oye el zumbido de un caza alejándose. Luego se instala un silencio mortal de ruinas, profundo como una tumba.

En las habitaciones de al lado, la vida retoma su ritmo. Oigo a un oficial dar instrucciones, el crujido de una puerta, ruidos de pasos aquí y allá...

—Come —digo al ordenanza.

Esta vez aparta el pan y se niega con la cabeza.

—No me entra nada, hermano Guía.

—Entonces vuelve a tu casa. Regresa junto a tus hijas. No quiero volver a verte por aquí.

—¿He dicho algo que le ha disgustado?

—Vete. Necesito rezar.

El ordenanza obedece.

—Antes recoge esto —le digo—. Retira esta mísera comida y repártela con quienes opinan que, para crecer, hay que matar al padre.

—No he querido ofenderle.

—¡Fuera de mi vista!

—Yo...

—¡Largo!

Su rostro pasa de la máscara del guerrero a la mortuoria. Este hombre está acabado. No le queda vida que ofrecerme. Sabe que su existencia, su ser, su fe, su bravura, todo lo bueno que cree encarnar ya no vale nada después de que mi ira le haya retirado toda confianza.

Lo odio.

Me ha herido.

No merece seguir mis pasos. Mi sombra solo sería para él un insondable valle de tinieblas.